

llozos desgarradores, y ocultó su rostro entre sus manos duras y ennegrecidas por el trabajo.

—¡Bendito sea Dios!—murmuró el anciano padre;—le he evitado otra desgracia mayor que la que le aflige: ¡la de ser el asesino de su hermano! Vamos ahora á socorrer á esa desdichada.

IX.

LA VENGANZA DEL «ROMICO».

Juan María salió rápidamente de la cocina y se halló en el campo, ó más bien en una especie de calle desierta, y sólo formada por una tapia medio derruida y resto de un antiguo convento, á cuya espalda corría el río Jalon con sonoro y cadencioso rumor, besando sus arruinados muros.

Habia sido aquel un soberbio monasterio de benedictinos, asolado por la guerra de la Independencia.

La huerta de los monjes habia sido dividida, arrendada en porciones, y convertida en campos de siembra y en frondosos viñedos.

Delante de aquel terreno rico y floreciente se levantaba, como un nido de buhos, la casuca de la tía Potamiana, dejándosela á la espalda, como un mendigo que arroja una hermosa capa que posee, para excitar la compasion con su fealdad y sus harapos.

La huerta se habia abierto para dejar paso á las on-

das del río, ensanchado allí y contenido lo necesario para convertirlo en torrente abundante por una presa practicada desde hacia pocos años.

Delante de la casucha habia un pedazo de camino, seco y árido, que se unia á la carretera.

Parecia aquel terreno tan triste y tan erial dar asilo todavía á la sombra de la vieja Potamiana: ni el sol llegaba allí, ni la luna derramaba en torno de la covacha sus plácidos rayos; la madre culpable habia dejado en pos de sí la tristeza y la soledad, que son el resultado del vicio.

Tendida delante de la puerta de la misma vivienda halló Juan María á la desventurada hija de aquella vieja culpable; Marta estaba inmóvil; su bello rostro, tres dias ántes tan fresco y animado, estaba ahora lívido y contraído; bajo sus pesados párpados se entreabrian sus grandes ojos negros, fijos y vidriosos; en los extremos de sus labios lívidos asomaban dos gotas de sangre, como dos granos de coral.

Á su lado, sentado en el suelo, y ocultando bajo sus piernas cruzadas alguna cosa de gran tamaño, se hallaba el hijo del *Romo*. Parecia que adormia á Marta con una cancion extraña; de cuando en cuando se inclinaba hácia ella y pasaba su ancha y huesuda mano por los sedosos cabellos de la jóven, como para hacerla una lastimera carieía.

El sol doraba ya las copas de los árboles más altos; los pajaritos cantaban; era domingo, y la campana alegre y loca de la parroquia volteaba tocando á misa, agitada por las manos de los muchachos.

Despertaba la campiña llena de alegría y de vida; las rosas de la avenida de los sauces, á la que se llegaba por una sendita que tenía pocos pasos, enviaba allí sus perfumes, y las ondas del río cantaban en su lecho de arena y piedrecillas, besando las orillas bordadas de margaritas blancas con cáliz de oro y de azules y modestas *no-me-olvides*.

El viejo labrador sintió su pecho oprimido ante el contraste que formaba la vida risueña de la Naturaleza con la desgracia que abrumaba á su familia: ¡un hijo para siempre infeliz, otro arrojado por su justicia del techo paternal, aquella jóven moribunda, y en su casa, un niño que agonizaba! ¡Sólo él y su esposa, viejas y robustas encinas, quedaban en pié para ver padecer, y quizás morir, á todos aquellos jóvenes retoños heridos al nacer por la desgracia!

Allí, y en el horrible espectáculo que tenía ante los ojos, se hallaban el dolor, la desolacion y el idiotismo, formando contraste con la belleza de aquel risueño día.

El anciano levantó á la pobre Marta entre sus brazos y entró con ella en la casilla.

Pedro se hallaba en el mismo asiento en que poco ántes se había dejado caer, y lloraba aún amargamente; ni el rumor de los pasos de su padre pudo hacerle levantar la cabeza, humillada por el peso de su desgracia y de su vergüenza.

Juan María colocó á Marta en la misma cama, y fué á buscar agua para rociar sus sienas, pero quedó como clavado en su sitio al escuchar un largo y doloroso gemido que subía del campo.

Muy breves instantes duró su sorpresa é indecision: habia reconocido la voz de Mariano, del hijo culpable y expulsado por él de su casa, pero que, al fin, era su hijo.

El anciano, presa de mortal zozobra, dejó la cocina y salió al campo, tendiendo en torno suyo sus desatentados ojos.

¡Gran Dios! ¡Qué horrible espectáculo se presentó ante ellos! Cerca de la casilla se hallaba tendido Mariano; de su cabeza, abierta con una profunda herida que empezaba en la sien y se prolongaba en la parte superior del cráneo, brotaba un raudal de sangre: cerca de aquella cabeza destrozada se veía una piedra enorme, y dando vueltas al rededor del cuerpo inanimado del prometido esposo de Susana, y graznando como un cuervo, se hallaba el idiota.

Ejecutaba una especie de baile frenético y lleno de un júbilo sombrío y brutal, y cantaba roncamente y con voz hueca:

¡Me las pagó! ¡Me las pagó!
¡Ya no despertará! ¡Ya no me pegará!

El idiota estaba entregado á una furiosa embriaguez; él, que el día anterior habia dicho á Marta que tenía miedo de pegar á Mariano, porque *áun despues de muerto le daría muchos puntapiés*, se gozaba ahora en su obra de destruccion con una especie de delirio feroz: en su rápido baile al rededor de su víctima no oyó á Juan María, que corrió desolado hácia el jóven, ni le vió hasta que cayó de rodillas á su lado, exclamando con acento desgarrador:

— ¡Hijo mio! ¡Hijo mio!

Aquel grito fué tan desolado y penetrante, que pareció hacer impresion en el mismo idiota.

Entreabrió los pliegues de su camisa y mostró su pecho cubierto de manchas amoratadas; luego dijo, arrojando al suelo un frasco de vidrio que exhalaba un fuerte olor á aguardiente y que indudablemente acababa de vaciar:

— Él me pegó mucho..... mucho..... porque no queriairme de debajo de la ventana esta noche..... yo le aguardaba..... le vi pasar de espaldas..... y le tiré la piedra..... Ahora duerme..... duerme..... pronto despertará..... pero ¡yo me esconderé y nada sabrá!

Una risa estúpida y hueca terminó estas palabras.

Entre tanto, el desgraciado padre agitaba en vano el cuerpo de su hijo. Estaba muerto.

De súbito se vió rodeado de gente: un labrador que venía de visitar una de sus viñas y costea la orilla del rio, vió lo que pasaba, se acercó al lugar del desastre y corrió á dar parte á la aldea.

Juan María, que sollozaba de un modo desgarrador, fué separado del cuerpo de su hijo, y éste, para no asustar mortalmente á su desgraciada madre, conducido á casa de un honrado vecino de la aldea, despues de haber formado sumario la justicia.

Juan María fué llevado á casa del señor cura y el idiota recogido por su padre, que acudió asustado y trémulo al sitio de la catástrofe.

En estas diligencias llegó la caída de la tarde. Volvamos á esta hora al lado de Pedro y de su mujer, que habian quedado solos en casa de la tia Potamiana.

X.

CATÁSTROFE.

Ya se escondia el sol, que tan alegre y radiante habia aparecido en su lecho de pardas nubes, cuando Marta abrió los ojos, arrojó un suspiro y dejó escapar un hondo gemido de su destrozado pecho, que habia sido lastimado por unas piedras al arrojarse por la ventana para ir al cortijo á poner por obra su venganza.

Pedro, que no habia alzado la cabeza desde que su padre le dejara en aquel sitio, la levantó entónces, y miró asombrado el lecho en que yacia su mujer desde algunas horas ántes.

Ésta se incorporó sobre un brazo, miró en torno suyo, y exclamó con voz débil, pero con acento de profunda conviccion:

— Ya estoy de vuelta..... ¡qué poco he tardado! No le digais nada á Pedro..... silencio.

Dicho esto, se deslizó de la cama con suavidad, y despues de estar en pié separó de su frente los largos cabellos castaños que la cubrian y limpió, con una punta de su delantal, las dos gotas de sangre que bañaban los extremos de sus labios.

Estaba pálida, pero en sus mejillas resaltaban dos rosas muy vivas, signo infalible de la horrible fiebre que la devoraba.

Después que hubo reparado un poco el desorden de su traje, tendió en derredor suyo una mirada absorta y apercibió á Pedro sentado á algunos pasos de ella. Entónces ¡cosa extraña! una sonrisa triste, pero dulce é impregnada de consuelo, entreabrió sus labios. Acercóse á él con lento paso, y al llegar á su lado se dejó caer arrodillada.

— Padre—dijo con voz dulce y quebrada—yo me he muerto ya hace muchos dias en el mundo de allá abajo, y ahora que te hallo en este otro, que es mejor y más alegre, vengo á contarte una cosa..... ¡Oh! ¡Me acuerdo, cuando yo tenía ocho ó nueve años, de cuánto me querías y de cuánto me acariciabas!..... ¡No, tú no me pegabas como mi madre!

Pedro miró asombrado á su mujer y su dolor cedió ante este tristísimo pensamiento :

— ¡Estará loca!

Miróla con atención y nada más que la vaga mirada de la jóven le indicó que su juicio se hallaba extraviado; una plácida sonrisa vagaba por sus labios; su frente, aunque muy pálida, estaba serena; sin embargo, era demasiado cierto que el juicio de la desgraciada jóven se había trastornado; la leche se había retirado de su seno y había invadido su cerebro; las crueles emociones que desde el dia anterior venía sufriendo y la conmoción del golpe al arrojarse por la ventana, habían obrado en su naturaleza un trastorno mortal.

El corazón de Pedro, que ya estaba abierto para la piedad desde que descubrió, oculto en la escalera del desvan, toda la crueldad de su hermano para con la po-

bre Marta, se deshizo de dolor al ver el trastorno de su razón, último y terrible mal que su desgracia le guardaba: trató de levantar á su mujer del suelo, pero no pudo conseguirlo, pues ella le hizo un ademán para que la dejase de rodillas.

— No, padre mio—dijo cediendo aún otra vez á la alucinación de su juicio;—déjame aquí..... he de pedirte perdón de una cosa y tú se lo pedirás á Pedro para mí, porque yo no me atrevo.

— ¡Marta, Marta!—exclamó el pobre esposo.—¿No me conoces? ¡Soy yo, Pedro..... tu marido, que te quiere y te perdona!

— ¡Ah! ¡No es mi padre!—exclamó Marta cambiando el hilo de sus pensamientos y mirando á su marido profundamente.

— ¡No! ¡Soy tu esposo, que te quiere!..... ¡Vén, Marta! Salgamos de aquí..... vamos á casa..... á ver á nuestro hijo..... ¿Ya no le quieres?

— ¡Sí, sí! Vamos á ver al niño—respondió Marta levantándose apresurada;—vamos, vamos, que ayer estaba muy malo, y yo tengo que acabar de llenar de rosas su almohadoncito..... ¡sí, porque Pedro, que era el que se cuidaba de eso, ya no querrá hacerlo ahora!.....

— ¿Por qué?—preguntó Pedro, que pugnaba por llevarla á la puerta.

— ¿Por qué? ¿Quién eres tú, que no sabes lo que ha pasado? ¡Sí es horrible! ¡Oye, Pedro ya no nos querrá ni al niño ni á mí! Yo he sido muy mala..... pero es la verdad que fui engañada..... Aquél..... aquél era un mal hombre..... ¿Oyes? ¡es ése que ahora se está casando!

— Vén, Marta, vén — repitió Pedro asiendo la mano de su mujer; — vamos á casa.....

— ¡Ah! ¡Ya te conozco! — gritó de súbito la jóven, deteniéndose despues de haber dado algunos pasos; — mejor dicho..... ¡ya le conozco á V.!

— ¿Qué dices?

— Es V. el otro padre, ¡no el que murió..... no! mi padre Juan Maria..... que tambien me quiere..... ¡Ah! ¡perdon, padre mio, perdon!

Algunas de las personas que se habian reunido junto al cadáver de Mariano entraron entónces en la casilla y se quedaron cerca de la puerta al ver á Marta livida y desmelenada á los piés de su marido y á éste que lloraba.

— ¡Perdon! — repitió la pobre jóven entre sollozos convulsivos; — ¡yo creí que era V. mi padre y á V. se lo contaba todo, porque..... me hubiera perdonado..... pero usted no me perdonará..... porque es el padre..... de mi pobre marido..... que tanto me quería y al que tan mal pagué!

Las imágenes de todos los que la habian amado se iban grabando sucesivamente en la memoria de la desgraciada Marta.

— ¡Pobrecita! ¡ha perdido la cabeza! — dijo uno de los labradores que en pié y agrupados contemplaban ésta afflictiva escena.

En aquel instante se abrió el grupo para dar paso á una persona que llegaba de la parte exterior.

Era el señor cura : al salir de decir misa habia oido hablar vagamente de desgracia y se habia encaminado al sitio que le designaron, habiendo permanecido todo el

dia ocupado en el Juzgado y consolando á Juan Maria.

— ¡Ah, señor cura! — exclamó Pedro al verle ; — ¡en qué trabajos tan grandes me veo hoy!

— Valor, hijo mio — respondió el vicario ; — Dios prueba á los que más ama. — É inclinándose dulcemente hácia la jóven, le dijo : — ¡Marta! ¿me conoces?

— ¡Sí, señor! — respondió ella volviendo sus hermosos ojos, en los que se apagaba el fuego de la calentura, para dar paso á las sombras de otra congoja mortal ; — sí..... ahora..... creo..... creo que se aparta de mi cabeza la nube de fuego que la envolvía y que veo mejor.

El señor cura sacó su pañuelo de batista, y le pasó por la frente de Marta, á la que levantó en sus brazos con paternal cariño.

— ¡Un poco de agua! — dijo, volviéndose despues á los aldeanos — y aún mejor un poco de vinagre, si lo hay.

Todos acudieron á buscar lo que el señor cura pidió por los rincones de la reducida cocina.

El digno vicario sacó de su bolsillo un frasquito de cristal que contenia algunas sales, y lo acercó á la nariz de Marta, que abrió los ojos y miró en derredor suyo.

— Marta, hija mia, ¿me conoces? — repitió el vicario.

— Sí..... — respondió Marta con voz débil ; — es V..... el señor cura.

— Aquí hay vinagre — dijo uno de los labradores acercándolo en un vaso.

El vicario mojó su pañuelo, y lo aplicó á las sienas de la jóven, sin dejar de sostenerla, porque no podia tenerse en pié.

—Vamos, Marta—le dijo con voz suave—vuelve en tí: ahí abajo me han dicho que te has caído por la ventana; pero eso no será nada, porque está muy baja..... el susto nada más..... Ea, ánimo: aquí está Pedro, tu marido, que te quiere tanto..... él y yo te llevaremos á tu casa, y te acostarás para descansar..... ¡Vamos, hija mia, un poco de valor!

Marta se incorporó ansiosamente, y tendió en su derredor una mirada llena de espanto.

—¡Pedro!—repitió—¡está aquí Pedro!

—Aquí estoy—dijo Pedro tomándole una mano.

—¿Desde cuándo?—preguntó ella, por cuyas blancas mejillas se iba extendiendo como una nube de sangre.

—Desde esta mañana..... al amanecer.

—¿De modo que sabes.....

—Todo lo sé..... y te perdono.

Marta se arrojó á los piés de su marido: asió sus manos y las cubrió de apasionados besos: luego, rápida como el pensamiento, se levantó, echó á correr, y salió al campo.

Su marido y los aldeanos, absortos al principio por lo impensado y repentino de este movimiento, no pensaron en detenerla; pero bien pronto se lanzaron en su seguimiento.

La carrera de la infeliz loca era, sin embargo, tan rápida y desesperada, que al salir á la calle ya había ella dado la vuelta á la casilla, y corría hácia el río.

—¡Hijos, hijos míos! ¡corred!—exclamó el señor cura:—se va á matar.

Los aldeanos se precipitaron en persecucion de la fugitiva, pero á todos adelantaba Pedro, y ya casi tocaba al vestido de su mujer.

No obstante, por un esfuerzo supremo, redobló la infeliz su carrera en los pocos pasos que le quedaban para llegar al río, y se precipitó en sus aguas.

Pedro se arrojó tras ella, y los labradores, con el vicario á la cabeza, se agruparon á la orilla del río, cuyas ondas espumosas tenían gran profundidad.

Pedro apareció por fin, pero á gran distancia y llevado rápidamente por la corriente: conocíase que luchaba y que llevaba asido el cuerpo de Marta: el vicario, incapaz, á pesar de su edad, de permanecer impasible, se despojó de su manto y de su calzado, y se preparó á arrojarse al agua, para salvar al ménos á uno de los dos.

—Eso no, señor cura—dijo un labrador, que á su vez se habia despojado de una parte de su ropa:—el peligro, si le hay, debemos arrostrarlo nosotros.

Otro aldeano imitó su ejemplo, y los dos se lanzaron entre las ondas del río.

Pedro volvió á aparecer en aquel momento; pero se conocia fácilmente que ya no llevaba nada.

Muy pocos instantes se le vió flotar en las aguas, volvió á sumergirse, y los dos hombres que iban á salvarle redoblaban sus esfuerzos.

Áun podia volver á aparecer de nuevo; pero esta vez, si le dejaban sumergir, debia ser para siempre.

El vicario se habia arrodillado sobre la húmeda tierra de la orilla: los aldeanos se habian postrado en torno

suyo, y todos rezaban en voz alta, y con las lágrimas en los ojos.

Llegaron, por fin, los labradores al sitio donde suponían que debían hallarse Pedro y su mujer, y la lívida cabeza de éste volvió á flotar á flor de las aguas: uno de ellos le asió con un esfuerzo supremo, y el otro buscó en torno suyo el cuerpo de Marta.

Nada halló, más que el agua y el vacío.

Volvió á repetir sus pesquisas, tan infructuosas como ántes.

Entónces ayudó á su compañero á trasportar á la orilla el cuerpo muerto de Pedro.

Sólo el que haya contemplado la rápida corriente del Jalon puede comprender lo árduo y peligroso de semejante empresa.

Tan lentamente avanzaban, que otros labradores se preparaban á arrojarse al agua, cuando los vieron adelantarse con una rapidez impensada y bien pronto llegar á la orilla.

Sólo traían el cuerpo de Pedro.

La pobre Marta quedaba en el fondo del rio.

Pedro se asemejaba á un cadáver: se le depositó sobre la hierba, y un jóven labrador se obligó á ir á pié y corriendo hasta la aldea cercana para buscar al médico.

Habia allí algunos árboles cortados: con las varas más delgadas y el manteo del señor cura se improvisó una cama portátil, en la cual fué conducido Pedro hasta la casa de su padre Juan María.

Sólo estaba en ella el niño agonizante, cuidado por algunas buenas vecinas: porque la pobre Joaquina habia

corrido desolada á la casa en que habian depositado el cadáver de su hijo menor, en la que se hallaba tambien su marido.

XI.

HIJA POR HIJA.

Apénas habia trascurrido un mes, cuando todo habia recobrado su acostumbrado y tranquilo aspecto en Cabañas.

El cadáver de Marta fué arrojado por las aguas del rio, dos dias despues de su muerte, y sepultado, no sin recibir ántes el bendito rocío de las lágrimas de Juan María y de Joaquina.

El cuerpo de Mariano fué igualmente enterrado.

El idiota, misterioso vengador de los agravios que habia recibido la honra de aquella virtuosa familia, y terrible instrumento de la justicia de Dios, fué encerrado en una casa de dementes de la capital de la provincia por disposicion judicial, pues aquella especie de bestia feroz y salvaje podia ser un azote para toda la comarca, y un criminal impune siempre.

Su desconsolado padre salió de la aldea para ir á buscar á quien servir dentro de la ciudad, donde estaba aquel hijo tan querido por su sencillo y amante corazon, como si hubiera sido el prototipo de todas las bellezas